

Abril, 2020

4

LA AGROECÓLOGA

CONTENIDO
LIBRE
DE PROPIEDAD
INTELLECTUAL



La Agroecología es un espacio de discusión e intercambio de información y saberes sobre agricultura, lo que pasa en el campo y con la gente que lo habita. Deseamos que esta revista sea una herramienta que aporte a la autonomía y la soberanía alimentaria, tejida desde organizaciones dedicadas a la vital labor de cultivar la tierra.

Contacto:

www.agroecologa.org

laagroecologa@gmail.com

Teléfono: (506) 87609800

Edición y coordinación:

Fabiola Pomareda García
Henry Picado Cerdas
Red de Coordinación en Biodiversidad

Diseño de Portada

Carla Rutch
Raquel Mora Vega

Ilustraciones y diagramación:

Raquel Mora Vega
raquelmoravega@gmail.com

Impresión:

Cuatricromía S.A. San José, Costa Rica

ISSN:

2215-4965

Este ejemplar fue impreso con el apoyo de:



Comité editorial

Alejandra Bonilla Leiva
Instituto de Estudios de la Mujer. Universidad Nacional

Andrea Ruiz Hidalgo
Colectivo Vamos a Sembrar

Eduardo Agüero Coto
Centro Nacional Especializado en Agricultura Orgánica.
Instituto Nacional de Aprendizaje

Fabián Pacheco Rodríguez
Centro Nacional Especializado en Agricultura Orgánica.
Instituto Nacional de Aprendizaje

Fanny Reyes Ortíz
Red de Mujeres Rurales

Gina Borrero
Centro Nacional Especializado en Agricultura Orgánica.
Instituto Nacional de Aprendizaje

Guido Barrientos Matamoros
Red Permanezca

Leida Castro
Centro de Investigaciones Agronómicas.
Universidad de Costa Rica

Lolita Durán
Finca Experimental Interdisciplinaria de Modelos Agroecológicos.
Universidad de Costa Rica

Miguel Castro Hernández
Movimiento de Agricultura Orgánica Costarricense

Wilson Méndez Mora
Colectivo Vamos a Sembrar

Wilson Picado Umaña
Observatorio de Historia Agroecológica y Ambiental.
Universidad Nacional

Zuiri Méndez Benavides
Programa Kioscos Socioambientales
Universidad de Costa Rica



Contenido

Editorial	4	Sección: Saberes	
Sección: Tierra Viva		Café orgánico cosecha cuatro veces más y es resistente a la roya	22
Agricultoras desafían los estereotipos de género en Costa Rica	5	María Espinoza-Ballester	
Mary Little		Ellen Sancho-Barrantes	
Olivia Sylvester		Nuestros Aliados en las fincas: Las crisopas	23
De algunas implicaciones que tiene la falta de acceso a la tierra para las mujeres	9	Daniela Azofeifa	
Fabiola Pomareda García		Manuel Zumbado	
Yunta Agroecológica:	12	Consultorio agroecológico: Experimentos que combinan extractos botánicos, caldos minerales y microorganismos benéficos	25
Trabajar la tierra desde una práctica solidaria		Karla Ruiz Hidalgo	
Yunta Agroecológica		Eduardo Agüero Coto	
Feminismo juvenil en Nicaragua:	13	Sección: Narrativas	
De campesinas a soñadoras		Foto-ensayo: La lucha incansable de las mujeres de El Rodeo	29
Rachel Vincent		Randy López Abarca	
Cuentan sus experiencias sobre cómo sanar fincas recuperadas	15	Transitar la ruralidad desde el feminismo	32
Fabiola Pomareda García		Andrea Ruiz Hidalgo	
Sección: Agroecólogas		De un sueño de papel a una mandala de tierra y alimento	34
Feminismo más allá del Valle Central costarricense	18	Grupo de Mujeres Huerta del Buen Vivir	
María Laura Stephen Chaves		La transacción	36
Asociación Tinamaste,		Selene Jiménez Valverde	
Red de Mujeres Rurales		Dibujo coloreable	38
Las mujeres indígenas y semillas en la recuperación de los territorios	20		
Mariana Delgado Morales,			
Red de Mujeres Rurales			

EDITORIAL

4

La crisis sanitaria y económica ha hecho evidente que vivimos también una crisis de los cuidados. La atención médica hospitalaria y en las casas, la creación de redes de apoyo mutuo para salvaguardar la salud, el desafío en el que se ha convertido para muchas personas tener techo, comida y agua limpia; son solo algunos ejemplos de lo central que son los cuidados en este momento. Pero además, es evidente que muchos de estos son brindados en principalmente por mujeres y, el medio rural no es la excepción.

Aunque este cuarto número de la Revista La Agroecóloga fue pensado y creado antes de la pandemia provocada por el virus Sars-CoV-2, no ha perdido vigencia. No deja de ser urgente la necesidad de hablar de la crisis de los cuidados, la disidencia sexual en el campo, el trabajo de las organizaciones de mujeres rurales, los feminismos fuera de la ciudad y el aporte científico de mujeres investigadoras para el avance de la agroecología, la soberanía alimentaria y la organización social en el escenario post pandemia.

Esta crisis pone de manifiesto que el sistema agroalimentario global es una máquina de pandemias. La devastación de ecosistemas, la reducción de la biodiversidad, la cría de animales a gran escala, la agricultura basada en monocultivos y agrotóxicos, todos son parte del origen de esta pandemia. De seguir creciendo este modo de producción de comestibles-mercancías, tendremos que sufrir nuevas y más agresivas pandemias.



La pertinencia de la agroecología en un clima de crisis alimentaria, climática y sanitaria es evidente. La organización desde abajo en la producción, comercialización y consumo agroecológico será necesaria para superar estas crisis gestadas en el centro de la agroindustria. Pero este proceso no será posible si no se genera en espacios libres de discriminación y violencia de género.

Este número fue confeccionado por manos y cabezas de manera desinteresada y voluntaria. Tenemos el desafío de buscar formas de sostenibilidad para continuar ofreciendo este espacio de información y comunicación. Así que si te gusta el contenido y te parece importante que siga existiendo, pero además puedes ofrecernos apoyo, por favor ponete en contacto con nosotr@s.

La Agroecóloga.

Agricultoras que desafían los estereotipos de género

Mary Little y Olivia Sylvester (*)

Aquí se exponen los resultados de un proyecto de investigación sobre la experiencia de nueve mujeres costarricenses en la agroecología.

A menudo la agricultura es vista como un espacio masculino. En las reuniones de organizaciones agrícolas, en los comercios de suministros o en las ferias del agricultor, la mayoría de los participantes son hombres. Esta no es la forma natural, sino una construcción social de que los hombres pertenecen al campo y las mujeres al hogar, cuidando de los hombres, quienes hacen el “trabajo duro”.

Por supuesto que muchas mujeres realizan todo tipo de trabajos en las fincas familiares; pero el trabajo adicional de cuidado y participación comunitaria, conocido como la triple carga, requiere que a menudo las mujeres se queden más cerca de casa para atender las necesidades propias y sociales de la familia. Estas demandas adicionales significan que es menos probable que las mujeres asistan a reuniones y ocupen posiciones de poder en la red agrícola. La subvaloración del trabajo de cuidado y su naturaleza de ser no remunerado, tiene raíces en un pasado colonial.

Los colonizadores europeos se veían a sí mismos como civilizados, definidos por estar separados de, y por dominar, la naturaleza. En cambio, las personas que habitaban las Américas tenían cosmovisiones diversas y muchos pueblos estaban profundamente conectados con el mundo natural. Los colonizadores los consideraron pueblos “salvajes” o incivilizados -debido a esta conexión con la naturaleza- y la usaron para justificar el robo de sus tierras y su mano de obra. La llegada de modelos coloniales eliminó a las mujeres de sus roles en la agricultura, imponiéndoles roles de género europeos. Según estos modelos coloniales, las mujeres fueron asignadas como cuidadoras. Su invaluable trabajo de criar hijos, cuidar de los ancianos y curar tenía poco valor en un sistema que solo pagaba por el trabajo de producción. Bajo la colonización, las mujeres de color y las mujeres indígenas fueron doblemente devaluadas como miembros del “sexo débil” y como “salvajes”.

La agroecología desafía esa historia colonial que busca separarnos de la naturaleza y devaluar injustamente el trabajo de las mujeres. La agricultura regenerativa vincula la producción responsable necesaria para sostener comunidades saludables con un medio ambiente sano. Los sistemas agroecológicos requieren las experiencias y aportes de personas de todos los géneros y tradiciones, para aprender a alimentarse mejor y adquirir un equilibrio sostenido con la naturaleza.

(*) Mary Little es profesora en el Center for Sustainable Development Studies, School for Field Studies, Atenas, Alajuela (mlittle@fieldstudies.org) y Olivia Sylvester es directora del Departamento de Medio Ambiente y Desarrollo, de la Universidad para la Paz, Ciudad Colón, San José (osylvester@upeace.org).





Doña Nuria Alpizar con su lombricompost en Finca El Progreso. Foto: Anna Chahuneau

Debido a su papel importante y único en la agricultura, realizamos un proyecto de investigación sobre la experiencia de nueve mujeres costarricenses en agroecología. Pedimos a mujeres que practican métodos agrícolas sostenibles que reflexionaran cómo el género ha impactado sus experiencias como agricultoras. Aquí compartimos algunas de las experiencias de estas mujeres en el movimiento agroecológico, incluyendo sus experiencias con la desigualdad y sus ideas sobre cómo apoyar a las productoras sostenibles.

Machismo en todas sus formas

El machismo se refiere al privilegio masculino creado en una sociedad donde las estructuras de valor están controladas, y benefician desproporcionadamente a los hombres, mientras impactan negativamente a las mujeres. La mayoría de nosotros somos conscientes del impacto negativo del abuso directo contra las mujeres, como los ataques físicos o verbales. Pero no toda la violencia de género nociva es tan obvia. Hay muchos actos, conscientes o inconscientes, que tienen la misma intención de menospreciar o desalentar ciertos actos que amenazan las posiciones masculinas de poder. Algunos hombres se sienten amenazados por las mujeres productoras, y más por las mujeres en roles de liderazgo, por lo que lamentablemente muchas veces dirigen insultos y preguntas para desafiar a las mujeres que asumen estos roles.

Muchas de las mujeres entrevistadas creen que hombres y mujeres son productores agrícolas igualmente capaces, pero que ellas se habían enfrentado a actitudes machistas al intentar ingresar o participar en la agricultura. Describieron el profundo apoyo de algunos miembros masculinos de la familia y de la comunidad. También dijeron que a menudo experimentan desaires, humillaciones y dudas sobre sus habilidades como agricultoras en función de su género, lo que creemos debe abordarse “sin tapujos” para fortalecer el movimiento agroecológico.

Sonia Maritza, de Finca Génesis, en Guápiles, recordó cómo el Ministerio de Agricultura (MAG) llevó a un grupo de visitantes a recorrer su finca agroecológica. Cuando los participantes se reunieron con Sonia y supieron que ella dirigiría el taller, un hombre comentó: “Vine hasta aquí para recibir capacitación y ahora una mujer me va a enseñar”.

Felicia Rodríguez, de *Finca Orgánica San Luis*, en Grecia, contó que los hombres cuestionan su capacidad de conducir un camión para transportar los productos, algo que ella hace regularmente como parte de su negocio *Enraizadas*, que vende directo al cliente.

Que te digan que no eres capaz o bienvenida puede afectar profundamente el deseo de participar en la producción. También, los comentarios negativos pueden reducir las posibilidades de éxito, debido al acceso limitado a equipos y préstamos. Una mujer

comentó que las oportunidades son limitadas pues hay mujeres que ocupan camiones para sacar sus productos, y aunque ella alienta a sus colegas a sacar préstamos para comprarlos, muchas no lo hacen por el machismo que las rodea; por ejemplo, porque el esposo no las deja.

Algunas mujeres tienen menos acceso a préstamos, lo cual es una barrera estructural para su participación en los negocios. Ha habido intentos de remediar esta limitación. Una mujer dijo que el programa de préstamos fue útil para poder acceder a fondos; pero otra comentó: “La agricultura orgánica no se enfoca en las mujeres y las mujeres no reciben ningún beneficio o apoyo adicional. Hay un banco de desarrollo para mujeres, pero es exactamente el mismo [que otros bancos] pero con publicidad en rosa y las condiciones aún son injustas”.

Las diferencias culturales también pueden actuar como barreras. Por ejemplo, trabajamos con mujeres indígenas Bribri, que son parte de organizaciones agrícolas lideradas por mujeres, pero que incluyen hombres. Sebastiana Segura, de Talamanca, explicó que una barrera para acceder a las oportunidades en agroecología, es la falta de comprensión externa de la agricultura indígena Bribri. Explicó cómo algunas organizaciones de apoyo han sido reacias a proporcionar recursos al grupo, porque es mixto; y que para el pueblo Bribri, hombres y mujeres trabajan juntos en grupos familiares y clanes, por lo que no han formado un grupo exclusivo de mujeres.

¿Cómo abordan la desigualdad?

Nuestros valores y roles sociales se desarrollan en casa. Aprendemos cómo tratarnos unos a otros, la tierra y cómo trabajar en armonía con ambos. Varias participantes narraron que el haberse metido en el mundo de la agricultura desde niñas había sido primordial para desarrollar la base de conocimientos y el amor por la agricultura. Nuria Alpízar, de *Finca El Progreso*, reflexionó sobre las prácticas sostenibles que eran comunes durante su infancia, tradiciones que se perdieron en una o dos generaciones.

“Creo que aprendí las raíces de las prácticas agroecológicas de mi padre. Por ejemplo, cuando usamos el machete para limpiar el maíz y devolvemos la cáscara al suelo. Guardamos las semillas y las plantamos con cenizas ... También él inculcó la alegría de cultivar en todos sus hijos al permitirnos descubrir las verduras en el campo y sentirnos orgullosas de nuestros cultivos”, dijo Alpízar.

Felicia Rodríguez aprendió de las prácticas orgánicas de su madre, que integraba un colectivo agrícola orgánico de mujeres, quienes se apoyaban mutuamente en la adopción de prácticas saludables para sus familias y la naturaleza.

Sebastiana Segura también aprendió prácticas sostenibles desde joven, como parte de las tradiciones Bribris.

La superación de la desigualdad de género sistémica requiere que, además de incluir a las niñas en la agricultura, abordemos las diferentes expectativas familiares de hijos e hijas.

Silvia Corrales, de *Finca Elefante*, confirmó que las mujeres a menudo perpetúan los roles de género y hacen cumplir las expectativas domésticas de sus hijas y nueras. “A menudo son las madres las que prescriben que la agricultura no es un trabajo adecuado para las mujeres. Se pide a las niñas que pasen su tiempo atendiendo a los hombres del hogar como hijas y esposas, en lugar de aprender habilidades. Era parte de mi papel asegurarme de que mi hijo viera que las mujeres son capaces en todas las áreas”.



Nuria Alpízar destacó un cambio generacional en su hogar, que podría disminuir la triple carga de las mujeres. “Teníamos niños [4 hijos], así que era importante que supieran que no les serviría sus platos ni los malcriaría. Ahora veo a mis hijos bañando y cambiando pañales de sus propios bebés. El problema es que si no rompemos las expectativas del machismo, las mujeres terminarán con una doble carga de trabajo. No podemos esperar que las mujeres asuman más que el trabajo agrícola; también los hombres deben compartir las tareas domésticas”. Si la meta de la agroecología es la igualdad de género, debemos abordar la triple carga y los elementos que pueden exacerbar esto, como la participación de los hombres en las responsabilidades domésticas.

Hannia Villalobos Martínez, de *Rinconcito Orgánico* en Cartago, destacó que hay que trabajar en superar esto en otros ambientes, más allá de las casas. Explicó que las mujeres están continuamente expuestas a mensajes que ilustran que ellas son menos que los hombres. “Desde que estamos muy jóvenes se nos enseña, muy sutilmente, que es difícil competir con los hombres...y a los hombres se les enseña con palabras o mensajes subliminales que son personas fuertes y todo esto se ve en las redes sociales y en la televisión”.

Mujeres como líderes agroecológicas

“Ser cuestionada sobre la capacidad de una puede ser debilitante”, explicó Kattia González Quirós. Sin embargo, en su caso, esto la motiva a seguir trabajando más duro para romper los estereotipos de género. Dijo: “Ha habido situaciones en las que la gente me dice que la agricultura es un trabajo de hombres, no de mujeres ... que yo debería estar en la casa limpiando las ventanas y no cultivando. Estas son cosas que podrían desanimarme; pero, en mi caso, me recuerdan que puedo seguir adelante e incluso hacer más”.

Tener posiciones de poder en la comunidad agroecológica puede cambiar las percepciones de las personas sobre los roles de género y efectivamente desafiar las barreras de la participación de la mujer. Ver a otra mujer en una posición de liderazgo también puede influir en las percepciones de su propia capacidad y disposición para liderar. Sonia Maritza es ahora la presidenta de la Asociación de Productores Orgánicos del Caribe (APOC). Nuria Alpízar Chaves fue secretaria de APOC y presidenta de la Asociación de Productores Agrícolas y Artesanos de El Zota (AMPALEC). Kattia González Quirós integra dos organizaciones que la ayudaron a recibir fondos para sus proyectos. Otras mujeres han comenzado sus propios negocios vendiendo productos orgánicos e incorporando el agroturismo en sus fincas. Todas las participantes han superado las expectativas de género para hacer valer su trabajo y tratar de asegurarse de que otros también reconozcan su valor.

Sonia Maritza expresó: “La agricultura orgánica es amigable para las mujeres, ya que las parcelas son más pequeñas, cercanas a la casa y aprendemos compartiendo las mejores prácticas unas con otras”. La agroecología nos da la oportunidad de reevaluar los sistemas de producción que disminuyen el valor de la tierra y los roles de las mujeres en la producción. Podemos aprender de las experiencias de las mujeres que están agregando sus diversas experiencias, conocimientos y perspectivas a este movimiento. Y podemos restablecer el valor de los roles de cuidar a las personas, el suelo y la naturaleza como actos que deben ser compartidos por hombres y mujeres de forma igual”.



Sonia Cortés, en su casa en Finca Chánguina, Palmar Sur.
Foto: Fabiola Pomareda

De algunas implicaciones que tiene la falta de acceso a la tierra para las mujeres



Fabiola Pomareda García (*)

Más allá de las demandas hacia el Estado, las mujeres tienen que reclamar dentro de su comunidad y dentro de su propia familia, el reconocimiento de sus derechos a la tierra.

Los mecanismos institucionales para ayudar a que las mujeres tengan más acceso, tenencia, y control de la tierra, no han sido suficientes. Lo que han logrado las mujeres en este sentido ha tenido más que ver con el apoyo que han recibido de redes de mujeres y con su propia fortaleza y tenacidad.

La brecha de género en la propiedad de la tierra puede reflejar diferencias en los regímenes maritales, en las normas y prácticas de herencia, en las políticas de distribución de la tierra del Estado y en el grado de desarrollo de los mercados de tierras.

Todas sabemos que en Costa Rica hay un proceso claro de concentración de la tierra, que afecta particularmente a las mujeres. Para ejemplo unas cifras. Un 60% de la tierra de uso agrícola es propiedad de un 4,8% de los finqueros o empresas y se trata de fincas que miden más de 100 hectáreas; mientras que el 61,4% de las fincas que miden menos de 10 hectáreas, abarca solo el 7,5% de la tierra de

(*) Periodista. Co-editora de la revista La Agrecóloga. Reportera en el Semanario UNIVERSIDAD, de la Universidad de Costa Rica (UCR).
Correo: pomaredafabiola@gmail.com



uso agrícola, según el Censo Agropecuario 2014, realizado por el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INEC). Aproximadamente el 53% de la tierra que está en manos de mujeres mide menos de 3 hectáreas. Asimismo, un 16.4% de las mujeres censadas dijeron que trabajan en la finca sin recibir ningún salario.

En su tesis “El valor simbólico del trabajo agrícola femenino”, la costarricense Lucía Brenes explica que “al carecer de un reconocimiento social e institucional de su trabajo, las posibilidades de acceder a otros medios de producción se ven limitadas para las mujeres”.

“Ello significa una reducción en sus posibilidades de desarrollar proyectos propios o en coordinación con otras mujeres, pues al no tener propiedades a su nombre, se limitan el acceso al crédito u otro tipo de servicios. (...) Por esta razón, cuando se plantea por ejemplo el tema de acceso y tenencia de la tierra y otros medios de producción, hay que tener claro cuál es el significado material y simbólico que contiene, pues



de esa manera se podrán dimensionar sus implicaciones para las mujeres campesinas. En primer lugar, en las áreas rurales su significado se construye en torno a fuentes de subsistencia y producción. Es, asimismo, la garantía con la que muchas campesinas y campesinos cuentan para tener acceso a créditos”.

Si se comparan mujeres campesinas propietarias de tierra con las que no tienen tierra, las primeras tienen mayores posibilidades de elegir a sus compañeros y mayor capacidad de negociar en el matrimonio. Entre las mujeres casadas, las mujeres propietarias de tierra juegan un mayor papel en las decisiones de la finca; por ejemplo, con qué se produce y cómo se gasta el ingreso que se genera. La propiedad de la tierra por las mujeres también se ha asociado con menores casos de violencia doméstica. Las mujeres propietarias están en mejores condiciones de dejar una relación abusiva pues están en otra posición. Tener bienes materiales también es muy importante para las mujeres adultas mayores, pues por un lado pueden tener autonomía económica y, por otro lado, pueden exigir el apoyo de sus hijos, hijas, nietos.

En 1990, la Ley de Promoción de la Igualdad Social de la Mujer estableció la titulación conjunta de la propiedad inmueble e inmediatamente se empezó a titular a las esposas y a adjudicar tierras a mujeres en uniones de hecho. La reacción negativa por parte de los hombres y un juicio para frenar la titulación a las mujeres fue superada en 1994 y se prosiguió con la titulación conjunta para parejas casadas.

Es importante conocer la ley y exigir que se cumpla. Esta ley citada dice que “toda propiedad inmueble otorgada mediante programas de desarrollo social, deberá inscribirse a nombre de ambos cónyuges, en caso de matrimonio; a nombre de la mujer, en caso de unión de hecho; y a nombre del beneficiado en cualquier otro caso, ya se trate de hombre o de mujer”.

El acceso al crédito es uno de los obstáculos para las mujeres. Un estudio sobre agricultura familiar realizado en la zona Sur por Eva Carazo a partir de los datos del censo concluyó que entre un 7% y un 19% de los agricultores había tenido acceso a crédito en el último año; pero solo un 2% eran mujeres.

También es importante considerar las situaciones que enfrentan las mujeres indígenas. En la tradición de los pueblos originarios las mujeres portan la identidad fundamental del clan y en este sistema de clanes, a las mujeres se les asignó el papel de ser las conservadoras y administradoras de la tierra.

En el pasado, por medio del sistema de herencia matrilineal se logró garantizar la seguridad y el sustento de las mujeres, la familia y los hijos. La tierra de cultivo y de vivienda se hereda de mujer a mujer; de madre a hijas o hijos del clan. Pero una mujer bribri o cabécar, por ejemplo, queda fuera de la herencia si se casa o se junta con un hombre o una mujer que no son personas bribris ni cabécares. Si la mujer se separa o divorcia y vuelve al territorio, sí puede heredar, siempre y cuando cumpla con todos los principios de sus antepasados. Las tierras de cultivo y vivienda no se pueden vender; se pueden heredar o traspasar a las hijas o hijos o a familiares cercanos.

Recientemente se han dado algunos conflictos en las recuperaciones de tierras que estaban en manos de no indígenas, pues existen casos de grupo que recuperan una finca; pero luego hay machismo y discriminación al asignar los pedazos de tierra a las mujeres solas.

Por eso para cambiar las relaciones de desigualdad en el acceso y control de la tierra dentro de su comunidad, no es suficiente exigir al Estado que reconozca sus derechos, sino que las mujeres tienen que reclamar dentro de la comunidad y dentro de su propia familia, el reconocimiento de sus derechos a la tierra.



Arte en la Casa de la Cultura de Cartago.
(Fotos: Fabiola Pomareda)

Referencias Bibliográficas

- Brenes Chaves, L. 2017. "El valor simbólico del trabajo agrícola femenino y de los espacios en los que se realiza, en las políticas institucionales del sector agrícola vigentes hasta el 2018". Tesis para optar al grado y título de Maestría Académica en Estudios de la Mujer. Universidad de Costa Rica.
- Deere, C., Lastarria, S., y Ranaboldo, C. 2011. "Tierra de mujeres. Reflexiones sobre el acceso de las mujeres rurales a la tierra en América Latina". Fundación Tierra. Bolivia.
- García Fonseca, T., Medina, M., Carazo Vargas, E., Murillo Quesada H. "Nuestras tierras: ¿quién las tiene? Latifundio, poder y discriminación de las mujeres rurales en Costa Rica". Publicado en *El País*. 6 de marzo, 2018.
- León, M. 2011. "La desigualdad de género en la propiedad de la tierra en América Latina". Graduate Institute Publications.



Yunta Agroecológica: Trabajar la tierra desde una práctica solidaria

Yunta Agroecológica ()*

Nacemos con el único objetivo y propósito de ayudar(nos) entre nosotras mismas en el trabajo y cuidado a la madre tierra. Realizamos un trabajo junto por la madre tierra y somos mujeres de todos los rincones del país, de todas las edades y de diferentes oficios y profesiones. Esto alimenta y enriquece la diversidad y el conocimiento en cada una de nosotras.

La Yunta es una organización de mujeres que trabajan la tierra desde prácticas agroecológicas y solidarias.

Se conforma como tal en el 2017, después de la experiencia en la finca de una de las compañeras, donde ella estaba sin ningún tipo de acuerpamiento en su nuevo emprendimiento agroecológico y necesitaba de manos sororas para poder darle vida a su nueva etapa como propietaria de un emprendimiento agroecológico.

Más allá de un apoyo con trabajo “físico”, se ha ganado en cohesión, en amor y en empoderamiento para todas las asistentes, lo cual ha generado un colectivo, en el cual encontramos un espacio de compartir, de respeto; pero por sobre todo de cuidado, tanto entre nosotras mismas como en nuestra labor con la tierra que cultivamos.

Hemos realizado diferentes tipos de actividades como equipo; por ejemplo, “mingas” en las fincas de compañeras de diferentes partes del país: en el Gran Área Metropolitana, Talamanca, Nicoya y Térraba. Allí nos juntamos cuando una compañera tiene una finquita o un terreno, y todas ayudamos a arar, sembrar, abonar, hacer camas, chapear, transplantar, de todo. También hemos hecho festivales agroecológicos para poder recaudar fondos para auto gestionarnos, además de talleres impartidos por las mismas compañeras de la Yunta desde su área de trabajo y conocimiento. Esto ha servido como espacio para compartir y propagar conocimiento y consciencia ambiental.

Para este 2020 esperamos dejar una huella interminable de amor entre nosotras y de huertas en nuestra tierrita.



Foto: Cortesía Yunta Agroecológica



Jóvenes de las comunidades rurales de Carazo, Nicaragua, con Rachel Vincent, participan en un proceso de reflexión sobre lo que significa ser una mujer en una comunidad rural. Foto: Osman Ramírez

Feminismo juvenil en Nicaragua: De campesinas a soñadoras

Rachel Vincent (*)



13

TIERRA VIVA

Apuntes sobre el contraste y la diversidad en la identidad de las jóvenes campesinas nicaragüenses del norte y del sur del país.

Hace seis años vine a Nicaragua y conocí a jóvenes inspiradoras, agricultoras originarias del norte del país, buscando nuevas alternativas para enfrentar el cambio climático. Poco a poco aprendí a conocer y querer sus comunidades, impresionada por los paisajes de montañas áridas, la gran diversidad de semillas criollas y por la rica cultura indígena, en la cual los rituales sagrados y la poesía mantienen vivas sus tradiciones ancestrales. Sin embargo, el machismo bien anclado en este territorio destina a las mujeres a roles de género marcados, a poco acceso a la educación y a ser vulnerables a todo tipo de violencia. Pero a pesar de las adversidades, recuerdo a estas mujeres por su resiliencia, su determinación, su generosidad y su gran sabiduría. Tienen una relación muy especial con la tierra, habiéndola cuidado generación tras generación, y tienen una conciencia aguda de que, sin ella, no somos nada.

Así se fijó en mi mente el retrato de lo que ES la mujer campesina. Cuál fue mi sorpresa cuando llegué a la zona sur del país, al departamento de Carazo, y conocí a unas comunidades rurales totalmente diferentes, donde las y los jóvenes se visten con ropa de marca, tienen teléfonos inteligentes y acceso a la educación superior sin tantos esfuerzos.

(*) Vive en Dolores, Carazo, Nicaragua. Allí trabaja en agricultura ecológica con comunidades rurales. También ha trabajado en agricultura urbana en Canadá, de donde es originaria. Correo: rachelvincent.nica@gmail.com

Esta nueva realidad me generó cierta confusión, ya que veía a las mujeres del norte como las verdaderas mujeres campesinas. Obviamente, esto era injusto; era una percepción errónea que no tomaba en cuenta el contexto, ni la importancia del entorno ni la forma en que se diluye la frontera entre comunidad y ciudad, en la definición de la identidad de la mujer campesina.

En efecto, Carazo tiene una característica particular: Haber sido una zona cafetalera rural durante siglos, que se urbanizó considerablemente en una sola generación, debido al cambio climático, a la instalación de numerosas zonas francas en la región y a su cercanía con la capital que se está expandiendo rápidamente.

Para conocer mejor cómo esta transformación influyó en las jóvenes de la zona rural de la región, organicé un encuentro con un pequeño grupo de mujeres de 18 a 27 años provenientes de cuatro comunidades, con el apoyo de la Asociación Tierra y Vida. Todas son originarias de familias campesinas y estudian o han estudiado una carrera en la universidad. Algo que se evidenció al hablar con ellas fue que aunque hacen incursiones cotidianas en la zona urbana, la ciudad no les atrae mucho; sienten un apego y un sentimiento de pertenencia muy fuerte a sus comunidades. Las describen hablando con mucho cariño del maíz, del frijol, del árbol de pochote, del trapiche y con mucha lucidez sobre los problemas de basura y los conflictos entre vecinos y familiares.

Igual que las mujeres indígenas del norte, tienen una conexión especial con la tierra, a la cual profesan un gran respeto. Ante los problemas ambientales cada vez más grandes, se preocupan por la pérdida de biodiversidad, de suelo, por la contaminación, y mediante su profesión esperan poder seguir viviendo en su comunidad y retribuir en algo. Por ende, estudian carreras en el área

social, de la salud, de la educación y del turismo. Sienten una fuerte influencia e inspiración de sus antepasados y de su historia familiar: la abuela naturista, partera; la mamá maestra, cocinera; el abuelo agricultor, músico; el papá constructor, hacedor de paz. Pero cuando se proyectan en el futuro, aunque todas quieren su pedazo de tierra donde puedan cultivar abundancia para su familia, ninguna quiere ser agricultora. Con un pie en la modernidad, acarician el sueño de estudiar, trabajar, viajar y postergar hasta más adelante en su vida ser madres de familia o esposas. Por el contrario, las jóvenes del norte afirman que para ellas, el feminismo pasa por ser reconocidas como agricultoras, no sólo como amas de casa.

Este contraste ilustra bien la diversidad que hay en la identidad de la mujer campesina nicaragüense, desde el punto de vista de las jóvenes, destacando que, al final y al cabo, se trata de una misma lucha: Poder escoger la vida que una quiere, ser respetadas como mujeres, sin olvidar sus raíces y las bondades de la tierra.



Cuentan sus experiencias sobre cómo sanar fincas recuperadas

Fabiola Pomareda García (*)

Reivindicar el derecho a la tierra para vivir y trabajar también implica sanar la tierra recuperada y volverla fértil de nuevo. Mujeres indígenas y campesinas del sur del país explican cómo y por qué se recupera la tierra y dan consejos para revitalizarla

Muchas empresas que explotaron tierras en la Zona Sur de Costa Rica y muchos terratenientes que usurparon fincas que pertenecían a indígenas, se dedicaron a aplicar grandes cantidades de agrotóxicos, a deforestarlas y a usarlas sólo para ganadería o para siembra de monocultivos. No respetaron tierra, personas ni animales.

Durante el tercer Encuentro de Personas Afectadas por los Agronegocios, realizado en San José, en el 2019, organicé un panel sobre este tema.

Varias mujeres que habían participado en recuperaciones de tierras en territorios indígenas contaron cómo es que, si bien el objetivo de una recuperación es irse a vivir allí, la mayoría de las veces ellas y sus familiares entran en fincas donde la tierra está devastada. La razón es que las personas que las ocuparon y las usurparon sólo se ocupaban de explotar los terrenos, talar el bosque, meter ganado y aplicar grandes cantidades de agroquímicos para sembrar café o plátano.

En el caso de Finca Chánguina y Finca Térraba en Palmar Sur, las parcelas que encontraron las familias estaban en total abandono. Como eran terrenos que habían estado en manos de la United Fruit Company por muchos años, además estaban contaminados por sulfato de cobre, había cilindros de gas cloro enterrados, plástico en enormes cantidades pegados en las paredes de los ríos.

Estas familias lo que han hecho es recuperar esa tierra y volverla a sembrar con árboles de la zona, usar abonos orgánicos, no usar químicos e irse a vivir allí. Por ejemplo, en el territorio indígena de Rey Curré, un grupo de mujeres está recolectando semillas de árboles nativos y haciendo labores de reforestación alrededor de las nacientes de agua, con árboles que conservan el agua y ayudan a purificar estos sitios, como el higuerón (*Ficus aurea*) o el sota caballo (*Luehea divaricata*).

Leo Buitrago, respetado indígena bribri, también dijo: “Si ven una lágrima de río, planten sus sotacaballos”. Leo recomendó sembrar frijol terciopelo (*Sloanea terniflora*), arbustos de mocuna (*Dolichos pruriens*) y guava (*Psidium guajava*), que son plantas que reproducen rápidamente y sirven para abonar el suelo y ayudar al repasto.



15

TIERRA VIVA

(*) Periodista. Co-editora de la revista La Agrecóloga. Reportera en el Semanario UNIVERSIDAD, de la Universidad de Costa Rica (UCR). Correo: pomaredafabiola@gmail.com

A continuación comparto las vivencias y consejos de estas mujeres:

• **Doris Ríos, recuperadora en el territorio de China Kichá**

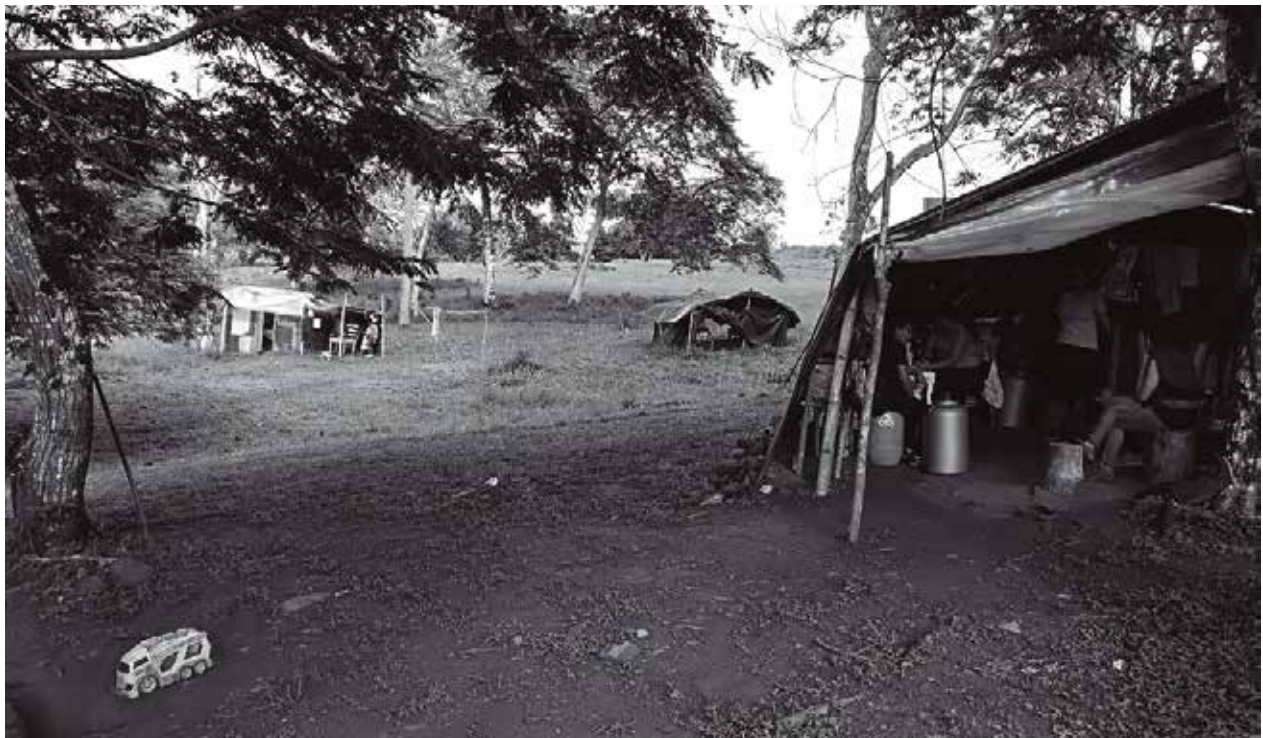
16

“La recuperación es una identidad que han querido robarnos. Nosotros andábamos huérfanos porque nos habían separado de nuestra madre. La tierra es parte de nuestra vida cotidiana. Es ese espacio donde tenemos nuestra casa, nuestra forma de cómo gobernar. La recuperación no es solo recuperar por cantidad. Nos interesa esa tierra como parte de nosotros. Esta era tierra que tenían totalmente en ganado, cafetales, piña, cosas lejos de nosotros. Después de la recuperación, fue un trabajo demasiado fuerte. No era solamente recuperar nuestra tierra. Es un proceso difícilísimo que hemos llevado. Llegar ahí y ver esa tierra da tristeza. Es empezar ese saneamiento de tierra. No tenemos ni un año de recuperar; pero necesitamos hacer esa tierra fértil. Se siembran cosas pero no pega porque todo es potrero; no sabemos cómo desaparecer esos pastos. Nos vemos

llevando nuestra seguridad alimentaria para nosotros. Los mayores nos dan consejos; pero a veces no es suficiente porque es mucho daño el que tiene la tierra. Poco a poco vemos muchos animales que no habíamos visto antes. Y vemos que el agua vuelve a brotar”.

• **Heyleen Figueroa, recuperadora en el territorio indígena de Salitre**

“En el caso de Salitre recuperamos una tierra en el 2014. Era de Pindeco (Pineapple Development Corporation-Del Monte). La tenían como botadero de todas las cosas que tiene la piña. Había un bejuco que para ellos es maleza; pero para nosotros era abono orgánico. Hicimos compostaje. Ellos (los terratenientes) decían que no servía la tierra porque era sabana, tierra arcillosa. Ahora ahí cultivamos plátano, plantas medicinales. Nos fuimos adentrando con los compañeros. Muchos han ido desde acá (San José) y nos han enseñado a hacer ese abono orgánico, con la melaza, la cáscara de arroz. Fuimos aprendiendo nosotros mismos con personas de acá que nos han tendido la mano. Fuimos haciendo ese



Finca recuperada Crun Shurin, en territorio indígena Térraba. Fotos: Fabiola Pomareda

abono. Todo lo que ellos desyerbaban a puro químico, nosotros lo hicimos a pura pala, a puro cuchillo. Le echamos microorganismos de montaña. Aprendimos a hacer nuestros propios abonos para hacer nuestras plantaciones pequeñas y curándonos nosotros con Chile”.

• **Cynthia Hernández Chavarría,**
campesina en Finca Chánguina

“El factor sobrevivencia es el más importante. Llevamos una lucha de cinco años, llegamos a encontrar una tierra que se supone que no está trabajada. Está demasiado contaminada, tiene cantidades de mecates, plástico ni se sabe cuánto. Cada palazo que usted da es plástico y mecate. Todo ha sido químico, químico. Sí es difícil hacer el cambio de tanto químico porque el nemagón está pegado en la tierra y lo tenemos que arrancar de una u otra manera. Pero la madre naturaleza, como es tan sabia, nos ayuda. Estamos haciendo un cambio total; toda semilla que se pone ahí germina. Es como un milagro de dios. Nos han contaminado totalmente los ríos, los humedales, los pozos de agua; pero nosotros seguimos ahí. El agricultor tiene que ser constante, hacemos la labor de psicólogo, precarista, tenemos que saber de bacterias, hongos, de todo. La tierra es maravillosa porque tiene sus seres vivos. Lo que necesita es nuestra mano, para removerla y sembrar todo tipo de cultivo. Una tierra que no se siembra es una tierra muerta. Pero llegó a las manos indicadas para trabajarla. Sólo necesita el amor por trabajarla. Allí está la vida. Sólo hay que revolver la tierra y sembrar para sobrevivir”.



Imagen del libro “Compartiendo enseñanzas de nuestros mayores ngäbes”.



Feminismo más allá del Valle Central

María Laura Stephen Chaves (*)

18

Vida cotidiana de las compañeras de la Red de Mujeres Rurales, como un vivo ejemplo de lo que puede llamarse feminismo rural.



AGROECÓLOGAS

El feminismo ha sido un movimiento de larga trayectoria, por medio del cual se busca la emancipación de las mujeres (entendidas en nuestra diversidad). Distintos tipos de feminismo se han tornado en hegemónicos, visibilizando solamente la realidad de un grupo de mujeres que ocupan una posición de privilegio dentro del sistema económico-social. Con ello, se han invisibilizado las realidades de muchas otras mujeres. A continuación, expondré algunas de las situaciones de la vida cotidiana de las compañeras de la Red de Mujeres Rurales (RMR) y la parte de las luchas que han liderado, como un vivo ejemplo de lo que puede ser llamado: feminismo rural.

Como parte de la importancia de situar nuestras palabras, debo señalar que no soy parte de la RMR, ya que no soy una mujer rural; pero desde hace más de cinco años he acompañado a estas compañeras en sus luchas. Sin duda me han cambiado la vida al permitirme conocer las múltiples realidades que vivimos las mujeres y la pluralidad de luchas que debemos abrazar como feministas, si realmente apostamos por una transformación profunda. Por ello, este escrito responde a la perspectiva de una mujer que acompaña, apoya y camina junto a las mujeres del campo en sus luchas.

La RMR se ha ido tejiendo desde hace más de 10 años, gracias al aporte de mujeres indígenas, afrodescendientes y campesinas de distintas regiones de Costa Rica que, con la convicción de que es posible otro mundo, han decidido caminar juntas. En este caminar se han encontrado mujeres Zona Norte, del Caribe, de la Zona Sur, de territorios indígenas, zonas fronterizas, costeras y demás. La diversidad de lugares de donde provienen las compañeras vislumbra un sinnúmero de conocimientos y experiencias enriquecedoras; pero ellas también traen consigo la manifestación de múltiples tipos de violencia que sufren muchas mujeres en Costa Rica.

Las compañeras de la RMR son campesinas; saben cómo hacer producir la tierra, se han dedicado durante más de la mitad de sus vidas a esta labor. Sin embargo, en muchas ocasiones sus esposos o hijos mayores no les permiten tomar decisiones sobre la parcela; por ejemplo, qué sembrar y cómo hacerlo, lo cual obstaculiza que lleven a cabo sus formas de

(*) María Laura Stephen Chaves es integrante de la Asociación Tinamaste y del Proyecto Mujeres del campo, derechos cuerpo-territorio.

producir. Vinculado a esto, el porcentaje de mujeres del campo propietarias de tierras es bajo. Se dan muchos casos en que la tierra es heredada a los hijos hombres, quedando las mujeres sin un terreno propio y sujetas, de nuevo, a un hombre (en este caso ya no a su padre, sino a su hermano). En otras ocasiones, es la pareja la que se apropia del terreno; por ejemplo, tras un divorcio, separación o cuando la mujer solicita medidas cautelares por violencia doméstica, el esposo logra adueñarse de la finca o parcela, y la mujer queda sin nada.

El derecho a un ambiente limpio también es constantemente amenazado. En la comunidad de Luzón de Bataan, Limón, las avionetas empiezan a volar sobre la comunidad desde las cinco de la mañana, con su intenso ruido, para fumigar las plantaciones de banano, que rodean Luzón. Pero no solo éstas son rociadas por el veneno, sino también las personas de la comunidad. Yolanda y Jennifer, dos compañeras de la comunidad, relatan cómo esto ha afectado los suelos, impidiéndoles sembrar, ha contaminado los ríos, además de la contaminación sónica que generan estas avionetas. En varias comunidades de Siquirres sucede algo similar pues el agua ha sido envenenada por las piñeras y por ello deben recolectarla con baldes y botellas de un camión cisterna. En Upala, las mujeres son amenazadas constantemente por el Servicio Nacional de Salud Animal (SENASA), que amenaza con quitarles sus gallinas y cerdos, los cuales son fundamentales para el sustento de sus familias (1).

Las compañeras de la Red no se han quedado de brazos cruzados, sino que durante muchos años han denunciado las condiciones de vida de las mujeres del campo. Por ejemplo, en el 2015 entregaron un pronunciamiento al Instituto Nacional de las Mujeres (INAMU), en el que exigían acciones por parte de este instituto, para que vele por los derechos de las mujeres rurales. Sin embargo, no contaron con una respuesta muy positiva.

También han participado en recuperaciones de territorios indígenas y fincas campesinas, han denun-



Reunión de la Red de Mujeres Rurales

ciado la contaminación que producen los monocultivos de piña, banano y palma africana, y las condiciones laborales deplorables que estas compañías ofrecen. Su resistencia va desde la defensa de la producción campesina y las semillas criollas, hasta participar en marchas, plantones, atreverse a tomar un micrófono para hablar en público y reivindicar su derecho a organizarse con otras mujeres.

El feminismo no se restringe al contexto de las mujeres urbanas, sino que pasa por comprender que la lucha por el derecho a la tierra, al agua potable, a producir, a un ambiente limpio, a decidir, y a la identidad, son parte de los feminismos, tan plurales como las mujeres que buscamos liberarnos de la opresión. El feminismo rural exige que seamos conscientes de lo que se vive en otras zonas de Costa Rica, de cuestionar y trascender el vallecentralismo, para ser consecuentes y comprometidas en nuestra praxis política.

Notas

(1) Esto por cuanto se supone que si alguien mata un cerdo o una gallina, debe tener los permisos de sanidad que emite el Estado para comercializar esa carne.



Intercambio de semillas criollas organizado por la Red de Mujeres Rurales afuera de la Asamblea Legislativa, 2019.
Foto: Radio 8 de octubre

Las mujeres indígenas y las semillas en la recuperación de los territorios

Mariana Delgado Morales ()*

Como base de la situación actual tenemos la pérdida de gran cantidad de tierra que pasaron a estar en manos de no indígenas o usurpadores. Mientras que por nuestra parte se da el aumento de la población indígena, aparece la necesidad de tierra para trabajar y para construir casas.

Las mujeres indígenas Bribris, conscientes de nuestros derechos legales (incluidos en la legislación nacional y en convenciones internacionales), participamos activamente en la defensa y en la recuperación de tierras y sus recursos naturales, renovables y no renovables.

Concientizamos a nuestra población a seguir recuperando las tierras para poder heredar a nuestras generaciones futuras Bribris, donde pueda desarrollarse nuestra cultura de acuerdo a nuestra cosmovisión, porque esto se estaba perdiendo a causa de la opresión estatal a la que ha sido sometido nuestro pueblo.

(*) Mariana Delgado Morales es integrante de la Red de Mujeres Rurales de Costa Rica y vive en el territorio indígena de Salitre, en la Zona Sur.

Actualmente vemos que el ambiente ha venido cambiando, causando daño a los cultivos tradicionales, lo que ha generado pérdidas de semillas y plantas naturales. Se dan altas temperaturas y una forma de llover descontrolada. Finqueros no indígenas han provocado incendios como una forma de agresión a las tierras recuperadas. También está la destrucción de los bosques, la masiva tala de árboles, la deforestación de los ríos, nacientes y quebradas, y la violencia en cementerios indígenas, que son lugares sagrados. Los no indígenas han irrespetado las costumbres de nuestros pueblos y su forma de subsistencia, destruyendo plantas, bejucos medicinales y materiales que eran para elaborar artesanías para uso doméstico.

Debido a estas formas indiscriminadas de acciones contra la tierra, hoy en día hemos recuperado áreas destruidas, erosionadas, donde ha habido alteración ambiental que ha dejado en vulnerabilidad a las mujeres indígenas Bribris, en vista de que no tenemos los recursos para contrarrestar los daños causados al medio ambiente.

Por otro lado, las mujeres indígenas Bribris hemos trabajado la tierra, tomando en cuenta el conocimiento adquirido desde épocas ancestrales, teniendo el cuidado de no causar daño a la tierra, conservando grandes áreas de tierra para que haya plantas medicinales y alimentación, y de esta manera obtener frutos producidos orgánicamente, evitando la erosión. Hoy las mujeres Bribris de Salitre nos esforzamos por regenerar las tierras recuperadas y hemos estado tratando de cultivar semillas y especies de plantas que están por desaparecer.

Es preciso manifestar que la Red de Mujeres Rurales (RMR) ha acompañado el proceso de luchas de las mujeres recuperadoras en Salitre y en otros territorios, apoyando y fortaleciéndonos en nuestras luchas de mujeres campesinas que, de alguna u otra forma, son vulnerables por falta de tierra o sufren agresiones del Estado. Quienes hemos sufrido agresiones, persecuciones y asesinatos sabemos que los peores sufrimientos los soportamos las mujeres indí-

genas Bribris. La Red ha hecho numerosos pronunciamientos denunciando estas agresiones contra las mujeres Bribris y campesinas en muchas reuniones celebradas en diferentes pueblos.

Pero también en el territorio de Salitre hemos hecho una linda forma de intercambiar semillas tradicionales o criollas. Unidas en la Red somos conscientes de que tenemos que luchar contra empresas nacionales y transnacionales que promueven semillas transgénicas que no son de beneficio para nuestras familias. También tomamos conciencia de que eso violenta nuestro derecho a sembrar semillas que son heredadas por nuestros antepasados y que necesitamos para poder alimentar a nuestros pueblos.

También en la Red hablamos y aprendemos de nuestros derechos y a no discriminar a nadie, nos manifestamos con marchas pacíficas contra toda clase de violencia y maltrato hacia las mujeres. De esta manera podemos ser fuertes ante la discriminación que ha promovido la sociedad machista y patriarcal. Al recuperar y defender nuestro territorio y recursos naturales, nuestra esperanza es que la tierra se vuelva a regenerar y contribuya con la producción de oxígeno limpio para nuestros pueblos indígenas y para todo el Iriria (planeta).





Café orgánico cosecha 4 veces más y es resistente a la roya

Las investigadoras de la Universidad Nacional Diana María Espinoza-Ballesteros y Ellen Sancho-Barrantes concluyeron, después de dos años de experimentación, que la fertilización orgánica en 2 variedades de café pueden producir hasta cuatro veces más volumen que las mismas variedades de café bajo manejos convencionales (fertilización convencional).

Esta investigación fue realizada con las variedades Costa Rica 95 y Obatá en Barva de Heredia bajo el proyecto "Sistema de producción ambientalmente responsable en el cultivo del café para la generación y transferencia de conocimiento".

Según las investigadoras se obtuvieron plantas con alta vigorosidad, sanas y buen porte con altos rendimientos en dos de sus primeras cosechas 2017-2018 y 2018-2019 que superan los promedios nacionales de 30 fanegas por hectárea (fan/ha).

Para la variedad de CR95 llegó a rendimientos de hasta 110.93 fan/ha; mientras que la Obatá alcanzó 81,87 fan/ha. Resultados extraordinarios que las investigadoras señalan como evidencia de que es viable la producción orgánica de café en el país.

Según las autoras del estudio la evolución del suelo en la parcela de estudio ha sido principalmente en el aumento de microelementos. Se concluye que es posible producir de forma orgánica con variedades tolerantes a la roya con altos rendimientos bajo condiciones similares a las de la investigación.

El estudio completo puede ser encontrado en <http://agroecologia.org/respuesta-productiva-de-dos-variedades-de-cafe-costa-rica-95-y-obata-bajo-fertilizacion-organica-en-barva-heredia/>

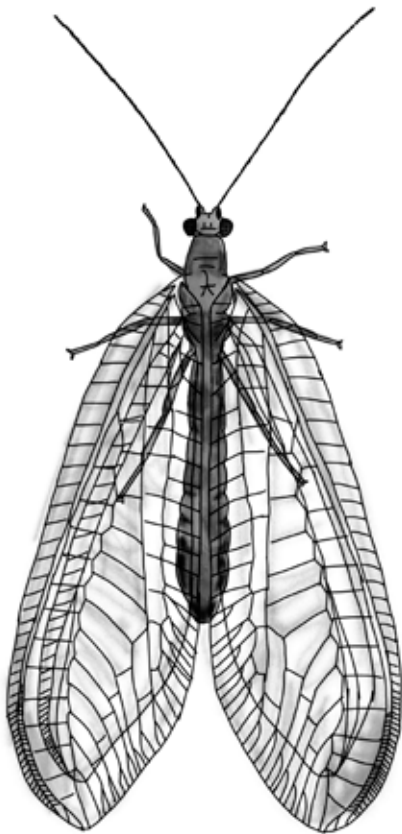
Nuestros Aliados en las Fincas: Las Crisopas

Daniela Azofeifa Jiménez y Manuel A. Zumbado Arrieta (*)

La serie “nuestros aliados en la finca” pretende dar a conocer los insectos benéficos que contribuyen en la regulación de procesos tan importantes como el control de insectos herbívoros, la polinización y el reciclaje de nutrientes. El fin es que veamos a los insectos desde otro punto vista y comencemos a preguntarnos ¿qué podemos hacer para favorecerlos?

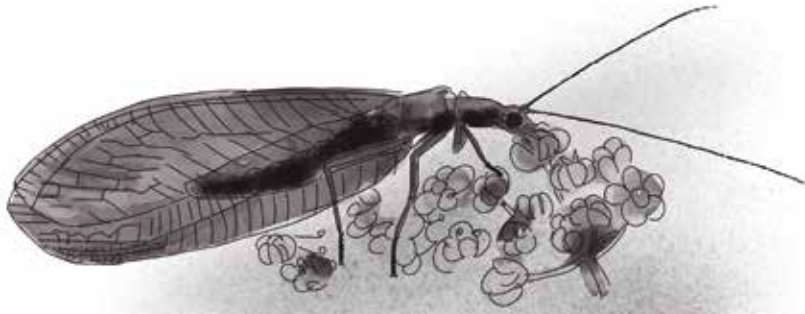
Las crisopas son insectos benéficos, que se alimentan de insectos pequeños, principalmente pulgones (*Aphididae*) y mosca blanca (*Aleyrodidae*); pero también se alimentan de ácaros, escamas (*Coccidae*), cochinitas (*Pseudococcidae*), psílidos (*Psyllidae*), chinches salta hojas (*Cicadellidae*), trips (*Thysanoptera*), huevos y larvas de pequeñas mariposas.

Pertenecen a la familia Chrysopidae, del orden Neuroptera, el cual recibe su nombre debido a que sus alas presentan múltiples nervaduras que forman una red. Dentro de este orden también encontramos a los cusuquitos (*Myrmeleontidae*) y los mantispidos (*Mantispidae*).



Adulto

Cuerpo frágil y fáciles de reconocer por su apariencia característica. La mayoría son color verde, aunque pueden presentar variaciones en gris, amarillo, marrón y negro. Los adultos presentan antenas muy largas y dos pares de alas con muchas venas. Algunas se alimentan de polen y néctar; otras especies son depredadoras cuando son adultas.



Huevo

Las hembras pueden poner entre 100 y 200 huevos durante su vida. Los colocan agrupados o solitarios sobre hojas, troncos y ramitas secas. Los huevos son ovalados y los acomodan al final de un filamento, que los separa del sustrato para evitar la depredación.

Capullo-pupa

Las larvas tejen un capullo dorado y la pupa se desarrolla internamente. Los adultos cortan una salida circular con sus mandíbulas.



Datos importantes

Las hembras son atraídas por los azúcares que liberan los insectos chupadores de savia. Por lo que se dispersa agua azucarada en cultivos para atraerlas.

Son resistentes a los agroquímicos, por lo que se utilizan en estrategias de manejo integrado de plagas.

Los adultos necesitan polen y néctar.

Son nocturnos, se les puede ver en las paredes cerca de una luz.

Los huevos pueden confundirse con hongos. Es importante reconocerlos.

Consultorio agroecológico: Experimentos que combinan extractos botánicos, caldos minerales y microorganismos benéficos

Karla Ruiz Hidalgo y Eduardo Agüero Coto (*)

A continuación se comparten experimentos participativos realizados en el Laboratorio de Fitoprotección del Centro Nacional Especializado en Agricultura Orgánica.

En el control agroecológico de plagas y enfermedades, se trabaja preventivamente con estrategias para mantener una baja incidencia de éstas. Dentro de las herramientas a utilizar tenemos los extractos botánicos, el uso de caldos minerales, así como microorganismos benéficos; sin embargo, no se encuentra mucha literatura sobre la combinación y compatibilidad entre ellos.

En el Laboratorio de Fitoprotección del Centro Nacional Especializado en Agricultura Orgánica (CNEAO) del Instituto Nacional de Aprendizaje (INA), se desarrollan pruebas que permiten brindar recomendaciones sobre usos combinados de estos productos, a partir de pruebas realizadas en laboratorio y en campo. Estos experimentos son realizados de manera participativa entre el personal docente y la población estudiantil del CNEAO, y partir de esta edición de La Agroecóloga, estaremos compartiendo estos saberes construidos de forma colectiva.



(*) Karla Ruiz Hidalgo y Eduardo Agüero Coto son docentes en el Centro Nacional Especializado en Agricultura Orgánica (CNEAO) del Instituto Nacional de Aprendizaje (INA) en Cartago. Contacto: kruizhidalgo@ina.ac.cr, eaguerocoto@ina.ac.cr

Cultivo:

Tomate *Lycopersicon esculentum*.

Tratamiento:

Mezcla de biopreparados orgánicos
(EM5, MML, Apichi) + *Bacillus thuringiensis*

Plaga:

(*Tuta absoluta*)

Control de problemas fúngicos y de la polilla del tomate (*Tuta absoluta*) en cultivo de tomate (*Solanum lycopersicum*) en invernadero hidropónico (R & B- San Cristóbal Sur), utilizando una combinación de los siguientes biopreparados: insecticida EM5, microorganismos de montaña activados (líquidos) MML, insecticida Apichi y *Bacillus thuringiensis*.



Para el control se utilizaron 250 mL de BT líquido, 200 mL de M5, 100 mL de Apichi y 1000 mL de MML en una bomba de 18 Litros. A continuación, se detalla la preparación de los biofermentos:

MML (MM líquido): Se agrega 1 kg de MM sólido a un saco, se coloca en un estañón con 18 L de agua mezclado de previo con 350 mL de melaza y 2 L de suero de leche vaca. Se tapa con una tela para que no entren insectos. Se guarda bajo sombra por 15 días.

EM5: Se mezcla 500 g de cada uno de los ingredientes (ajo, chile picante, cebolla morada, jengibre) plantas medicinales y aromáticas (albahaca, ruda, hierbabuena, laurel, orégano, romero, menta, llantén, apazote, tabaco, verbena, targuá, guarumo), 1 L de melaza, 1 L de vinagre, 500 mL de alcohol, en un estañón de 40 L. Se completa el volumen con MML líquido. Tiempo de fermentación: 15 días.

APICHI: Se agrega 100 g de cada ingrediente (ajo en polvo, pimienta negra o blanca, chile picante) y 200 mL de alcohol en un galón y se completa el volumen con MM líquido. Tiempo de fermentación: 15 días.

Investigación elaborada por el estudiante: Eduardo Robles Navarro.

Cultivo:

Pitahaya (*Hylocereus undatus*)

Tratamiento:

Tierra diatomea + *Bacillus thuringiensis*

Control de larvas que lesionan los tallos (cladodios) del cultivo orgánico de pitahaya (*Hylocereus undatus*) usando tierra diatomea (diatomita) en combinación con la bacteria *Bacillus thuringiensis* (BT).



La tierra diatomea que se encuentra en forma de sedimento está compuesta por esqueletos de algas microscópicas muertas. Estos esqueletos son de silicio y por su forma, filo y dureza son capaces de romper y desequilibrar la cutícula de los insectos que está formada de cera y lípidos, provocando lesiones y deshidratación. Su acción es mecánica; por lo tanto, podría afectar a las abejas y hay que decidir con buen criterio técnico dónde y en qué época se aplica. Además, la tierra diatomea contiene -en bajas concentraciones- potasio, magnesio, calcio, fósforo, azufre, cobre, hierro, sodio, zinc y níquel, que benefician la nutrición de la planta. La tierra diatomea es inocua para humanos y animales, si se emplea de forma correcta.

La bacteria BT tiene la capacidad de introducirse en el sistema digestivo de las larvas y generar enfermedad, incluso hasta la muerte. Cuando la bacteria no está infectando las larvas, habita el suelo, donde contribuye con el proceso de descomposición de materia orgánica.

Ambas, tierra diatomea y la bacteria BT, pueden utilizarse simultáneamente en una misma bomba de aplicación de espalda de 18 Litros, en una dosis de 250 mL de BT líquido + 180 g de tierra diatomea. Así se puede controlar de forma eficiente la presencia de larvas en cultivos orgánicos, como la pitahaya. Salud Ocupacional: Utilizar cubreboca y guantes.

Investigación elaborada por los estudiantes:

Joaquín Campos Cruz y Roxana González Chaves.

Cultivos:

Tomate *Lycopersicon esculentum*;

Fresa *Fragaria spp*;

Lechuga *Lactuca sativa*.

Tratamiento:**Caldo Cenizo-sulfocálcico + *Trichoderma sp***

Control de problemas fúngicos en cultivos de hortalizas como lechugas y cultivos como tomate y fresa con el uso de caldo cenizo-sulfocálcico (CCS) y *Trichoderma sp*.

El CCS tiene acción fungicida contra mildiú, botritis y otros; y el azufre contribuye a la prevención del desarrollo de ácaros y trips. Además, este caldo mineral puede aportar elementos minerales a los cultivos, como lo son calcio, azufre, fósforo, entre otros.

Los materiales utilizados para la elaboración de este caldo mineral son ceniza, flor de azufre, hidróxido calcio (cal viva) y agua. Se realiza una cocción hasta obtener un productor de color verde musgo o rojizo, llamado químicamente polisulfuro de calcio.

La *Trichoderma sp* es un hongo benéfico, que naturalmente habita el suelo y descompone materia orgánica. Además, es un hongo antagonista; tiene la capacidad de habitar alrededor de las raíces de las plantas (rizósfera) y protegerlas de los ataques de otros hongos que causan enfermedades en los cultivos, ya que produce antibióticos naturales y se alimenta de los hongos fitopatógenos. Cuando está en la rizósfera ayuda a la disponibilidad de nutrientes para la planta y activa su sistema inmune.

En una bomba de espalda de 18 Litros se adicionan 300 mL de CCS. Se toma una bolsa de arroz con el cultivo de *Trichoderma* (300 gramos), se lava bien con agua para obtener un líquido verdoso con todas las esporas del hongo, se filtra (utilizando un colador, o una tela limpia) y se coloca en la bomba. El arroz sobrante puede incorporarse a un compost maduro y al suelo.

Esta combinación de CCS + *Trichoderma*, presentó un resultado positivo para el control de enfermedades causadas por hongos, al combinar el efecto de un fungicida mineral -como lo es el CCS- y el efecto de un hongo antagonista que mico-parasita (se alimenta) de hongos fitopatógenos. Esto permite ahorrar costos y tiempos de aplicación de productos y aumenta la eficiencia en el control de enfermedades en los cultivos mencionados.

Investigación elaborada por los estudiantes:

Carlos Brenes, Pablo Rivera, Noillín Barrantes y Cinthia Hernández.

Foto ensayo: La lucha incansable de las mujeres de El Rodeo

Randy López Abarca

Lejos de querer escribir un texto con una unidad determinada, deseo compartir algunas ideas que he estado rumiando en mi cabeza por largos periodos. La fotografía me ha ayudado en este proceso. En el 2014 viví diez semanas en una pequeña comunidad llamada El Rodeo (Estelí, Nicaragua). Viví con las familias campesinas y soy testigo de la lucha incansable de las mujeres aquí retratadas: Luchando contra las secuelas de la guerra, contra la sequía y las consecuencias del cambio climático, contra las repercusiones de la ineptitud de un gobierno que se extiende como una larga y terrorífica sombra.





La agroecología es una forma de vida, que respeta y dignifica la vida de todo ser humano. Respeto a la Tierra como un súper organismo. Es por esto que dentro de los agroecosistemas y agroindustrias debemos remunerar el trabajo diario de la casa y de las actividades agrícolas realizadas por mujeres, que tradicionalmente no cuentan con una remuneración.

Cada mujer debe tener derecho a decidir sobre su cuerpo y una de las decisiones más importantes es la alimentación, la alimentación consiente y responsable que mejora la vida de otras mujeres.

Como consumidores debemos reconocer y garantizar salarios justos para cada mujer que trabaje en agricultura y en actividades relacionadas. La independencia económica genera autonomía.



Transitar la ruralidad desde el feminismo

32

Andrea Ruiz Hildalgo (*)

Los feminismos rurales, son tan múltiples como diversos son los cuerpos de quienes habitan lo rural: nicaragüenses, afrodescendientes, indígenas, campesinas, niñas, adultas mayores, adultas y jóvenes en transición del campo a la ciudad, personas con diversidades funcionales y población LGBTI+.

Soy una mujer que nació y creció en una zona urbana, en los barrios del sur de San José, hija de una mujer campesina de Pérez Zeledón, que muy joven tuvo que vivir en la capital y trabajar en labores de limpieza. Ella me transmitió sus saberes sobre la tierra, la siembra, sus historias felices y dolorosas. Fuerte como una ceiba me heredó el gusto por la siembra, a la vez que me inculcó la importancia del estudio y pude ir a la universidad pública con beca. Soy hija de un padre con raíces nicaragüenses, un ser creativo y particular que creció en Guanacaste y supe por él que en mi linaje hubo una mujer que era alfarera, como yo, una mujer que conjuraba el fuego y la tierra.

Hoy soy profesional en arte y psicología, una activista y soñadora decidida a moverme hacia el campo, cansada de las estructuras hegemónicas occidentales y los estilos de vida consumistas y limitados por la vida en la ciudad. Al elegir una vida más próxima a lo rural me veo rodeada de personas, y en especial de mujeres, jóvenes y niñas, muchas de ellas campesinas, con quienes me gusta compartir y soñar con otros mundos posibles.

Me presento a mí misma para mostrar lo que en mi historia se teje y es común para muchas otras: el encuentro abrupto entre lo rural y lo urbano, entre las fronteras, la migración, el mestizaje, la explotación laboral, la resiliencia, el acceso a la educación, el interés y búsqueda de la salud mental, la soberanía alimentaria y la justicia social.

De la misma manera en que en mi historia y en mi cuerpo se mezcla una diversidad de conflictos y motivaciones, una identidad fragmentada se va integrando. Así se podrían entender los feminismos y las luchas feministas, en plural, con muchas vertientes persiguiendo la emancipación, la libertad y la justicia.

(*) Le gusta la gestión de proyectos comunitarios y las huertas. Psicóloga y ceramista. Parte del colectivo Vamos a Sembrar. Correo: vamosasembrar.cr@gmail.com



Mi voz, mi oportunidad de expresarme ya sea para ser sancionada o validada, es un privilegio ganado gracias a las luchas de las mujeres que estuvieron detrás mío, silenciadas e invisibilizadas por la historia y el colonialismo, múltiples voces contrahegemónicas nunca escuchadas. La voz e historias de mi madre, de las mujeres campesinas e indígenas, amigas y compañeras con las que trabajo me resuenan al tratar de esbozar un panorama sobre los feminismos rurales.

Entre las mujeres que viven en zonas rurales de Costa Rica existe más analfabetismo; menos de ellas trabajan por dedicarse a atender obligaciones familiares; menos llegan a cursar educación superior; un mayor número de ellas son jefas de hogar en pobreza; y menos de ellas tienen seguro de salud, según datos del Instituto Nacional de Estadística y Censos (INEC) de 2018 (1).

Vemos que el rol de lo femenino en el ámbito rural contrasta con la representación de la mujer urbana. Sin embargo, es importante poder reconocer cómo en cada región operan la opresión y los mecanismos de control social, bajo estructuras de dominio masculino muy específicas.

Lo femenino, lo que significa ser mujer, se va construyendo a través de discursos que determinan el ser, el saber y el poder de lo femenino, subordinando su potencial ante estructuras patriarcales y capitalistas con características particulares en cada región.

Generar un imaginario de lo femenino, de la mujer rural, que sea autónomo, libre de estereotipos, imposiciones y opresiones, es el reto que se nos presenta. Construir puentes de diálogo entre los territorios, revisar nuestros privilegios y luchar contra toda forma de opresión, será el camino para la transformación social que anhelamos.

Los feminismos rurales, son tan múltiples como diversos son los cuerpos de quienes habitan lo rural: nicaragüenses, afrodescendientes, indígenas, campesinas, niñas, adultas mayores, adultas y jóvenes en transición del campo a la ciudad, personas con diversidades funcionales y población LGBTI+. Todas las que podamos reconocer las huellas del adoctrinamiento y la violencia patriarcal en nuestros cuerpos e historias, podremos ir



Andrea Ruiz Hidalgo haciendo lo que le gusta. Foto: Cortesía.

tejiendo estrategias de acción y empoderamiento, lucha por la tierra y recuperación de espacios y de escenarios que traduzcan las teorías feministas a través de una praxis liberadora.

Es fundamental el reconocimiento de las mujeres rurales como protagonistas en los espacios geográficos que habitan, con un potencial transformador que se nutra y fortalezca al acuerpar sus iniciativas de forma sincera, no queriendo imponer una visión externa, ni con acciones asistencialistas o salvacionistas.

El sistema capitalista y patriarcal que enferma nuestras mentes, espíritus y cuerpos, que se apodera de los territorios y destruye la vida, que censura, mutila y adoctrina los cuerpos femeninos, las creatividades y libertades, caerá, porque lo vamos a hacer caer.

Notas

(1) <http://www.inec.go.cr/genero/genero-en-ambitos-especificos>



Huerta mandala en la Escuela Enrique Pinto. Foto: Cortesía.

De un sueño de papel a una mandala de tierra y alimento

Grupo de Mujeres Huerta del Buen Vivir ()*

En San Rafael de Alajuela, Costa Rica, Centroamérica, Planeta Tierra, hay una Escuela que lleva por nombre Escuela Enrique Pinto.

Detrás de la Escuela había un patio grande, un espacio desolado y pedregoso, lleno de zacate pero sin vida, un lugar sin forma.

-¡Necesitamos hacer algo en ese patio!- dijeron las maestras de la Escuela y nos convocaron a una reunión en un aula. Ahí empezó este sueño.



(*) El Grupo de Mujeres Huerta del Buen Vivir se conformó en el 2019 en la Escuela Enrique Pinto, en San Rafael de Alajuela, Costa Rica, y trabajó con apoyo del Colectivo Vamos a Sembrar.

Muchas de nosotras no nos conocíamos. Cuando llegamos traíamos nuestros problemas de autoestima, el estrés de la vida diaria, algunos dolores y enfermedades. Aun así, decididas, emprendimos aquella tarea por la que nos convocaron las maestras.

-¿Qué podemos hacer en ese patio?- Nos preguntamos, y de inmediato nos pusimos manos a la obra.

Para empezar necesitábamos aprender, por eso buscamos apoyo. Llegó el Colectivo Vamos a Sembrar, con el soporte de la Fundación Glasswing, y los conocimientos empezaron a moverse entre nosotras.

Un día dibujamos una Mandala en un papel.

-¿Cómo vamos a pasar este dibujo a la tierra?- nos preguntamos.

Después de varios meses de trabajo, logramos ver cómo las semillas que sembramos están dando sus frutos y aquel lugar sin forma ahora tiene muchas formas, colores y sabores.

Nos dimos cuenta de las destrezas que tenemos. Somos capaces de sembrar y hacer que la vida fluya a través de nuestras manos. Somos mujeres valientes, poderosas, optimistas. Somos mujeres hermosas (por dentro y por fuera). Somos soñadoras, también somos emprendedoras y luchadoras. Amamos la naturaleza y la cuidamos.

No sólo transformamos aquel patio desolado, adquirimos conocimientos de cómo cuidar la tierra, darle vida, alimentarla y sanarla. Por eso estamos cambiando también nuestras casas y nuestras vidas, porque aprendimos a amarnos a nosotras mismas. Trabajar la tierra nos cambia, nos sana.

Esta transformación nos hace sentir satisfechas y complacidas al ver el fruto de todo el esfuerzo durante este tiempo. Tenemos más herramientas, conocimientos y sobre todo sabemos que tenemos un tesoro, porque somos amigas. Nos sentimos alegres de poder ver la vida germinar.

Esta es la historia de la Huerta del Buen Vivir en la Escuela Enrique Pinto de San Rafael de Alajuela. La historia no termina aquí porque nosotras seguiremos sembrando...



La transacción

Selene Jiménez Valverde (*)

36

8 a.m. Una llamada rompe el silencio.

-“¿200 gramos para mañana? Es un pedido grande y riesgoso, necesito una semana”.

-“Bueno, una semana y ni un día más; en esto el tiempo es primordial”, dijo la voz al teléfono.

-“Lo sé, lo entiendo. Ya sabés cuál es mi precio, lo tendrás en el lugar de siempre”.

A la mañana siguiente partí en busca de mi proveedor, a una finca allá por El Ceibo de Buenos Aires. Después de batir mucho barro con mis botas llegué al lugar. Todo estaba listo; el producto era de primera. Lo escondí entre mis ropas y regresé en la Tracopa. Todo el camino vine rogando que no hubiera atrasos, que ningún oficial nos parara, que todo transcurriera con normalidad.

Al llegar, quité una tabla del piso y la escondí. Me era difícil dormir cuando tenía mercancía en la casa. Muchas veces soñaba con la policía, que rompían mi puerta y me sacaban desnudo de la cama. Veía las esposas y el llanto de los míos y me despertaba sobresaltado, diciéndome que era la última vez que lo haría.

El día de la entrega llegó. Confirmé el contacto, adherí el paquete a mi cuerpo, respiré profundo, calmé mi miedo, subí al bus y me bajé en el parque. Dos policías pasaron a mi lado, sudé frío, palidecí un poco, seguí caminando. Una voz me habló por la espalda:



(*) Selene Jiménez es gestora cultural, vive en Pérez Zeledón, le gusta recopilar historias cotidianas y que inviten a reflexionar.
Correo: selenej8@gmail.com

- "¡Ey, espere!". Era uno de los policías.

- "Sí" Dije. Una gota de sudor recorrió mi espalda.

- "¿Es Juan Castaña?"

- "Sí señor". Quería salir corriendo.

- "Soy su admirador. ¿Me regala una foto?"

- "Sí, claro". Nos pusimos en la clásica pose de selfie. Dentro de mí, sólo decía: 'que no sienta el paquete'. Casi no podía ni respirar y el corazón se me salía por los oídos.

- "Muchas gracias". Dijo, con una enorme sonrisa.

- "Con mucho gusto". Y apreté el paso. Caminé dos cuadras sólo para ver si me seguían y me devolví por otra calle. Llegué a los baños de la iglesia, entré a orinar, al salir pagué los ₡300 y entregué el paquete. La dulce viejita lo agarró y lo metió en su delantal blanco.

Al salir me topé con un hombre de gruesa barba que, casi estoy seguro, que era mi comprador y que por la tardanza, por primera vez nos habíamos visto las caras.

Ahora a esperar, a despistar. Di varias vueltas por el parque, tomé un té calmante con dos cucharadas de culpa, conversé con unas señoras, di algunas direcciones a los viajeros y después volví al orinal. Miré a la viejita a los ojos, pagué con ₡2000 y junto con el vuelto venía mi pago:

200 gramos del mejor y más valioso maíz amarillo.

Hace muchos años que nos robaron nuestras semillas, pero nosotros los rebeldes, seguimos produciendo, seguimos truequeando en un mercado ilícito. Seguimos protegiendo nuestras Semillas Criollas en nuestro "mercado negro" de gente que resiste.

"Tal vez algún día la policía llegue, pero no será hoy". Me dije, con una gran sonrisa.

FIN

Que no se haga real. En este momento en la Asamblea Legislativa continúa vivo el Expediente 21.087 "Ley para la Promoción y Desarrollo de la Producción y comercio de semillas", el cual no ha sido consultado a los campesinos ni poblaciones indígenas. De aprobarse tal y como está, el uso de la semilla criolla corre un gran riesgo. Infórmese.





La Agroecóloga es una revista autogestionada, si usted desea apoyar la continuidad de este proyecto escribanos al correo: laagroecologa@gmail.com

Recibiremos sus apoyo económico en el número de cuenta:

Cuenta BNCR: 200-01-070-002761-9
Red de Coordinación en Biodiversidad

